

MIL DE MIL

Andrés Trapiello

p re - t extos

colección textos y pretextos

INDICE

<i>Prólogo</i>	5
Empero, mendaz y cualesquiera	7
Paul Morand y la morcilla de Burgos, pasando por Albacete	9
El coloquio de las perras	11
El sueño de una noche de verano	13
Dós lemas	15

I

LA VIDA SIN ENTUSIASMO O RAZONES DE UN SENTIMENTAL

<i>Nota</i>	21
El escritor de diarios	23
Los errabundos	27
El reloj de alabastro	31
Proyecciones	35
La copa de los insaciables	39
Nosotros, los solitarios	43
Más allá del final	47

Un general en octavo	51
Una furtiva lágrima	55
Algunos apagones	59
Mil marcos	63
El vino negro	67
L. V.	71
Fascismo y literatura	75
La barca de la vida	79
Patio de armas	83
Las puertas del Paraíso	87
La invención del cubismo	91
La novela de la condición humana	95

II

EL MECHINAL DEL DANDY

<i>Nota</i>	105
El torpe aliño	109
Aficiones de un soñador	111
La sombra de Leopardi	115
Una buena novela	117
Marienbad	119
Especulaciones de verano en el Café Roma	121
En un cine de barrio	125
Vagabundeos	127
La fiesta	131
Para quien quiera leerlo	133
Un día de otoño	135
La mirada cansada	137
Toda la vida (un cuento)	139
Lilas, rosas	141

Sólo lo fugitivo	143
Las tres gracias	145
Bien poca cosa	147
Voluptuosidad del tedio	149
Una pobre criada	151
Sentimentales, mudos	153
Las flores amarillas	155
Todo menos un cuento	157

III

AFICHES DE UNA MALETA

<i>Nota</i>	161
Impresiones de balneario, escritas en siete días	165
Un Madrid	173
Madrid por los suelos	179
El drama de ser feliz	185
Dublín para leer despacio	191
El gótico romántico	195
Una sola Venecia	201
Ni sombra de lo que fue	205
El tren de la hullera	209
Aires de una zampona	215
Pregón de las fiestas de mi pueblo	221
<i>Notas bibliográficas</i>	227

PROLOGO

Hay en este libro un poco de todo. No tiene un tema fijo ni finalidad alguna. Se encuentran en él artículos varios, algo parecido a relatos, apuntes de autobiografía o de viajes y un pregón; en fin, el pequeño muestrario del “comisionista sin comercio”.

En cierto modo debería incluirse este volumen en la serie de *Salón de pasos perdidos*, mis diarios, como un interludio o bisagra de ellos, porque me parece a mí que trata de las mismas cosas y en un tono parecido.

No lo he hecho por respetar un poco las formas: se publicaron como artículos, y como artículos se agrupan aquí, aunque, ya digo, la capa y las hechuras son similares.

EMPERO, MENDAZ Y CUALESQUIERA

La versatilidad suele ser mala porque la gente piensa que el que incurre en ella es alguien inconsistente y liviano, un merodeador de la literatura y un inútil.

Puede que la gente, por una vez, tenga razón.

Los escritores publican artículos en los periódicos desde siempre. Con ello unos buscan una cosa y otros, otra. Luego, por lo general, los agrupan en libros, también por razones diversas, y esos libros terminan siempre en el desolladero o rastro de reses muertas, sin distinción de castas.

Si yo dijese que la mayor parte de los que aquí se publican los escribí por dinero, uno adoptaría la estampa del cínico y del *dandy*; pero sería una bonita impostura, porque ni a lo que he obtenido por ellos se le puede llamar dinero ni ésta habría sido la única razón.

Hasta hace poco yo pensaba que si hubiese tenido medios de fortuna o unas rentas apreciables no habría escrito ni la mitad, pero eso no tiene tampoco que ser cierto ni contar con un gran fundamento, porque ha escrito uno mucho a cambio de nada.

Hay escritores que cultivan el género del articulismo convencidos de que su opinión es fundamental en la marcha de la nación y las ideas de su tiempo, y consideran un honor que los ministros o los catedráticos de instituto la tengan en cuenta. Ya sabéis: esos que empiezan cada cierto tiempo sus artículos diciendo “como recordará el lector, ya señalé yo muy oportunamente hace un par de años en estas mismas páginas...” y toda esa jerga de sacristanes, arciprestes y santos padres. Esta clase de escritores abunda hoy y podrían agruparse en torno a lo que Stendhal llamaba la escuela de la retórica: los rastacueros que pudiendo decir caballo van a decir corcel, o en su defecto, empero, mendaz y cualesquiera, y aprovechando que el Pisurga pasa por Sarajevo, vileza, infamia e ignominia, palabras como se sabe de muy alta cotización en las bolsas del idioma actual.

Otros, en cambio, como Valle-Inclán, eran de la opinión de que los periódicos *avillanaban* el estilo.

Eso, en alguien manicuro del idioma como él, puede ser cierto, pero si uno no cree que haya palabras bonitas y feas, primorosas como clámide, y feas y ordinarias como pescuezo o escroto, no tiene ningún sostén.

Yo no creo que necesito ser modesto para saber que si dejaran de aparecer mis artículos nadie los iba a echar de menos, de la misma manera que uno sabe que aunque sigamos publicando en los periódicos tampoco se nos va a corromper el subjuntivo. Y por lo mismo, por modestia y por orgullo, quiere creer uno que si no los hubiese publicado, alguien podría echarlos en falta dentro de ochenta o cien años.

Esto naturalmente da una posición interesante a la hora de escribir, una libertad grande de la que quizá no gocen otros: no tiene uno que contentar a partidarios ni influir en la opinión de

los paisanos ni siquiera confiar en que los artículos van a sacarnos de pobres.

Desde ese punto de vista estos son artículos sin otra responsabilidad que la de entretener algo al lector y darle, si es posible, alguna idea original, sabiendo que lo más escaso de todo es justamente eso de la originalidad.

PAUL MORAND Y LA MORCILLA DE BURGOS, PASANDO POR ALBACETE

Durante los años en que funcionó la editorial Trieste las cosas no podían irnos peor, los libros no se vendían y todo eran pérdidas.

Los libreros decían que aquellos libros estaban bien hechos, pero que en España, partidaria de la longaniza chistorra y la morcilla de Burgos, los libros no podían ser bonitos, porque la gente tenía miedo, al cogerlos, de mancharlos de grasa. Eso debía de ser verdad al cincuenta por ciento. El otro cincuenta lo ocupaba el temor de mancharse ellos mismos de literatura. Supongo yo.

Cuando murió Valentín Zapatero me tocó ir a hablar, comisionado por su padre, con algunos distribuidores y libreros de viejo para ver si se hacían cargo de aquel fondo. El padre, que disfrutaba una posición económica holgada, no perseguía en absoluto el negocio con aquello. Le hacía ilusión al hombre que los libros que había hecho su hijo siguieran circulando y tuviesen una presencia en las librerías, quizá porque pensase que de ese modo su hijo no habría muerto del todo.

Aunque el precio por ejemplar era ridículo (creo recordar que cincuenta pesetas), los libros no encontraron un comprador.

Pasaron uno o dos años y terminaron haciéndose cargo de todo unos saldistas, que llenaron España de obras de Gómez de la Serna, Lampedusa, Natalia Ginzburg, Morand, Gutiérrez Solana, Sánchez Mazas, Jiménez Fraud, Pound, Larbaud y muchos otros. La noticia se propaló y aquellos restos desaparecieron en unos días.

Desde entonces no es infrecuente que se den a conocer aquí y allá personas entusiastas de aquella pequeña e insignificante editorial, de la que hablan con cariño. Los aficionados que no tuvo cuando los necesitaba se conoce que los iba a tener después, cuan-

do no era más que un montón de papel mojado, o más triste aún, de letra muerta.

En 1990 y en 1993 se publicaron en Albacete, por mediación del poeta Martínez Sarrión, que es de ese pueblo, *Clásicos de traje gris* y *Viajeros y estables*.

Eran dos gruesos volúmenes con artículos dedicados a la literatura española y extranjera. Para sorpresa de todo el mundo en general y de Albacete en particular y para sorpresa desde luego mía, los libros se agotaron al poco de salir, aunque la verdad exige los detalles exactos: hablamos de seiscientos lectores, incluidos en ellos la cultivada y atenta población de Albacete, Sarrión y media docena de amigos míos, excusados por ello mismo de leerlos.

Se trataba de artículos sobre escritores y literatura y, si no fuera porque podría acusárseme de vanidoso, diría que jamás despertaron el menor interés en nadie cuando se publicaban por ahí. Podría pensarse que la gente no los había visto ni los conocía de antes, pero sería raro, porque la mayor parte de aquellas páginas había aparecido por primera vez en periódicos y revistas de difusión amplia, a veces incluso en lugares destacados. Al contrario. Alguna vez escribió algún lector para insultarme o el propio periódico que acogía mis colaboraciones se encargaba él mismo de insertar sueltos declarando que no se mostraba en absoluto de acuerdo con las ideas violentas y extravagantes de su colaborador, que en general lo ha sido, esa es la verdad, bastante poco.

De todo ello se deduce que tal vez no sea uno más que un escritor póstumo, pero como en todo hay que ser modesto, pensemos que más bien lo nuestro es ser un letraherido de barato, de saldo o lote, mayormente para poblaciones manchegas.

¿Es ello así? Tendría poco interés saberlo ahora.

Sí lo tiene, aunque sea relativo, decir que la mayoría de estas páginas fueron escritas pensando en los lectores futuros, en aquellos que las conocerían por vez primera en un volumen.

Se ve que uno es un producto de la mixtificación: tan pronto hacemos confesión de nadedad, tan pronto nos creemos los dueños del siglo venidero. Unos días, se cree uno la breva del olvido, y otros, el higo de la posteridad. En literatura no hay que pedir peras al olmo ni subirse a la higuera ni caerse del guindo. O sea, un poco ilusionistas y un poco cínicos.

EL COLOQUIO DE LAS PERRAS

Voy a contar una historia. Es una historia real, aunque no sé si tendrá uno talento para referirla aquí, porque la gracia que hubiese en ella proviene, me parece a mí, de pequeños matices de expresión intraducibles.

Antes de la remodelación de hace unos años, el Hotel Palace de Madrid era un hotel que se había ido quedando viejo, en los techos habían aparecido manchas de humedad de color amarillento, como si se hubiesen meado bocarriba unos cuantos gatos funambulistas, y las alfombras estaban deshilachadas y en un estado lamentable. El grado al que puede llegar una ruina lo daban muy bien las banderas que tenían colgadas de los mástiles del piso principal, que eran ya unos andrajos sucios y descoloridos que no se hinchaban ni cuando se encajonaba en la Plaza de las Cortes ese viento que en Madrid se alterna del Guadarrama y de Toledo.

De toda aquella decrepitud emanaban unos efluvios rancios y espesos que combatían los empleados con ambientadores agresivos y soluciones desinfectantes.

Todas las noches, domingos incluidos, se dejaban caer por el bar del hotel, hacia las doce, dos, tres, cuatro señoritas peripatéticas que se sentaban en la barra o en unos sillones y sofás de cuero negro. Señoritas, por lo general, de más de treinta años y menos de cuarenta, bastante trotadas y un poco tristes.

Ellas cruzaban las piernas mirando a todo el que cruzaba la puerta.

Algunos las invitaban a beber una copa y luego se las llevaban, pero lo normal es que aquellas saturnales se estuvieran allí como los taxistas en la parada, aburridas y resignadas. A la hora, cuando comprobaban que el ambiente no se iba a animar, se levantaban y se marchaban con un admirable contoneo, pero de vacío, porque los tres o cuatro parroquianos habituales las conocían, y los que estaban de paso no terminaban de decidirse.

Los camareros llamaban a las chicas por su nombre, pero sin tomarse con ellas confianza ninguna, las saludaban al entrar y al salir con una gran seriedad y no las dirigían la palabra. Se limitaban a llenar sus vasos y a ponerles delante los platitos de almen-